Núm. 4 — Buenos Aires, Julio 5 de 1917 — Oficinas: Terrero 471

Precio: 10 cts.

LA OBRA

PERIÓDICO DE IDEAS

Trimestre: $ 0.60

T. Antilli y R. González Pacheco

Valores y giros a nombre del administrador: R. H. DIAZ, Terrero 471.

Con tachuelas...

Tapamos el mapa de la república con una hoja de papel: «La Obra». Abierta y extendida como una sábana, «La Obra» cubre todo el mapa, y sus puntas sobresalen, pasan el río de la Plata y la cordillera, se extienden a Chile, al Uruguay, al Brasil... Contra todo viento que la desgarre o la arrugue, o trate de arrancarla como un cartel viejo de una pared, innumerables tachuelas la fijan y la retienen sobre el terreno, manteniéndola lisa y estirada, que todos pueden leer, empezando por el título, hasta acabar adquiriendo libros o pidiendo prestado un folleto a un compañero, para enterarse definitivamente de toda la razón o el fundamento de las ideas anarquistas. Estas tachuelas, fijadoras de «La Obra», son los agentes o colaboradores para la difusión del periódico, que la clavan en cada pueblo. Pueden verse las filas de estas tachuelas, siguiendo la línea de los ferrocarriles. En cada punto, marcado en el mapa con una localidad o una estación, un agente, una tachuela... Clavada, mordida por tantas tachuelas, «La Obra» está firme sobre el mapa; como el ginete sobre el potro.... También eso necesitábamos, necesitamos siempre! Toda obra nuestra, que es de espontaneidad y no de empresa, que va encaminada a la propaganda y no al lucro, requiere ser claveteada con hierro del pueblo. El dinero es el engrudo burgués con que se pega principalmente lo malo. Ved a los grandes diarios, ved al mismo diario socialista, solicitar desesperadamente de los burgueses este engrudo para pegarse, ofreciendo anuncios, todo el reclamo o la propaganda de sus empresas o sus explotaciones burguesas .. Pero una hoja así está pegada, no al pueblo, sino a este engrudo ... Los burgueses pueden decirse que la tienen en el bolsillo. ¿Y del bolsillo del burgués, podrá salir alguna vez la afirmación verdadera de los derechos o aspiraciones del pueblo, cuando van contra la burguesía, cuando van a una nueva sociedad?...

Siempre el pueblo tiene que clavetear con sus hierros, lo suyo. Unicamente lo que él retiene con sus manos no se le escapará. Cola del pueblo pega al pueblo, como cola de los burgueses pega a los burgueses. Y «La Obra» está encuadernada a todos los compañeros, que, rompiéndose a veces los dedos, meten su tachuela: está unida, cosida a ellos, como una hoja a otra hoja.... Si no, le retiran la tachuela, y vuela «La Obra» del mapa... O busca el engrudo burgués, y se pega a él, como mosca a la miel espesa....

Esto nos gusta, compañeros. Así la pluma será siempre en nuestras manos una hachita corta, — instrumento manual, buena herramienta—; todo lo contrario de una brocha de pincelar engrudo....

DESDE ARRIBA

Y me dijo: «Llega hasta mí y no temas», y cuando estuve a su lado aún me dijo: «Mira».

Allá en el fondo, los viejos prejuicios se enroscaban amenazantes tratando de desasirse unos de otros por llegar los primeros a la altura.

Y ella me habló así: No temas que puedan llegar hasta ti. Aún pudiendo arrastrarse hasta la cumbre no te alcanzarían, que si estás conmigo estoy yo tan alta que no me llegarán nunca.

Y marchó santa y buena a besar en la frente con sus besos de fuego al Elegido.

Dib. y texto de Ramos

CARTELES

El miedo

Las condiciones del mundo han movido de posición y de formas los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados. El rayo se caza al aire, ahora, igual que una mariposa. El desierto, el mar, las cumbres se acercan, se abren, se agachan a nuestro paso.

El torvo esclavo de ayer, es hoy un señor fastuoso que arrastra un botín de gloria sobre un planeta rendido, violado en sus más remotas napas. Se crece su voluntad en la medida que se alza sobre la tierra; y ya vuela. Se aguza su inteligencia, de acuerdo con lo que penetra abajo, como un demonio en su reino. Y en fin, se afirma en su genio, abrazando el universo en menos de lo que tarda en decir: ¡yo quiero!, con un golpe de telégrafo.

Y como que estas conquistas, son, más no sea moralmente, patrimonio universal, he aquí que hasta los más infelices sintamos sobre los huesos, a modo de espaldarazo, el orgullo de la estirpe. ¡Somos hombres! Es decir: de la familia de aquellos que le dan caza en el aire, igual que a una mariposa, al rayo. Y ante quienes el desierto, los mares y las montañas se acercan, se abren, se agachan....

Oh! sí. Las condiciones del mundo se han movido a favor nuestro. Las sombras, viveros de los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados, no existen ya.... Ay! pero el miedo es siempre el amo; siempre!

No está más en el fondo de la mar, ni tras de las blandas nubes, ni en las entrañas del suelo, ni en las copas de los montes, no. Ha variado de posición y de forma: está en nosotros, ahora. Se llama *cárcel, hogar, mañana*... Cualquiera de estas palabras, surgidas así, de pronto, ante un hombre de este siglo, asume netas, distintas proporciones fantasmales. Lo echa abajo de su orgullo, lo dobla hasta arrodillarlo.

Por eso es tarea tan leve, risueña casi, esa de los encargados de guardar el privilegio en la tierra. Con que levanten la voz o pinten en las paredes cualquiera de esos fantasmas, basta para que nuestras nociones de derecho, de libertad y de justicia, vuelen y se desparramen como papeles al aire. ¡Tenemos miedo!

Este señor que pasea el universo, lo clarifica y lo limpia como a una casa tiembla! Este hombrón alza las manos, se arrodilla como un indio, implora a unos monigotes, ya ni siquiera de palo o piedra: ¡de tinta, escritos! Ay! sí,...

La ley, el hogar, el hambre... Transmutaciones de aquellos viejos fantasmas: el demonio, dios, el rayo.... En definitiva: miedo. ¡Siempre el miedo!

*

Gaudissart en Buenos Aires

André Brulé, un fino cómico, que viene a actuar al Odeon, trae, entre otras novedades, un autógrafo del viejo Anatole France. Es un saludo al presidente, ministros, magistrados y ciudadanos de esta república. «La Nación» nos dió un fragmento en facsímil, y a más tradujo el texto íntegro.

Lo hemos leído. Es una página amena, digna de las que Balzac puso en boca del ilustre Gaudissart. ¿Recuerdan aquel piróforo humano que recogía rayos de inteligencia en París para ir luego a distribuirlos sobre la Francia tacaña y reacia a la luz?.... Oh! es un tipo de epopeya; les saca leche a las piedras. Solo que ahora, como allá parece que no circulan más que las balas, el hombre ha creído oportuno cambiar clientela. Y se vino a Buenos Aires.

Nunca pudo monsieur France dar con más noble y brillante comisionista. Porque, a estar a lo que dicen, este Brulé-Gaudissart, es un selecto bufón, y ha peleado en las trincheras, y a más, — ¡oído que esto es grave! — convalece en las Américas no sabemos que enormes desgracias íntimas, de bambalinas adentro...¿Cuernos y palos, tal vez?...

Misterio. De todos modos, cosas me-

nos *epatantes*, teatrales, nos trajo Anatole France cuando vino a Buenos Aires, y se llevó cien mil francos. Si hay justicia, deben los espectadores entregársele a este cómico a fin de que los ordeñe hasta la sangre.

Que a eso vieno. El saludo que nos trae es el prólogo, no más, la vaselina diríamos, con que la Francia burguesa y republicana pretende, ahora, colocarnos sus artículos. «Ah! noble hermana latina, sentada al pie de los Andes»... Un francés cargado de años, compatriota de los vencedores del Marne, del Iser y de Verdun, os saluda...» Eh! Verdad que se ve clarita, por encima de las *frases*, la mano que se desliza furtiva en las faltriqueras, y nos las limpia?...

Nos la limpia, está mal dicho. Se las limpia al presidente, los ministros y magistrados burgueses. Estos nos las limpiaron a nosotros antes, hace rato...

Ah, monsieur France: «la noble hermana latina», no está sentada al pie de los Andes, no. Sobre nosotros, los proletarios, está. Somos como los franceses en ésto: ciudadanos, reventados. Por lo cual no sería extraño que a André Brulé, le fuera aquí, en Buenos Aires, como a Gaudissart le fué en Vouvray, según Balzac.

*

Astorga

La humanidad camina en sus prototipos. Avanza por los mejores como por una vereda. Se crece y se estira en ellos, tal que los bosques del llano en esos árboles jóvenes que apuntan hacia las cumbres.

Por eso, no hay mejor timbre, mas fuerte signo de gloria, entre los humanos, que aquel que cabe en esta sola palabra: un hombre! Este grito acuña el viento, cueja el vacío y objetiviza el destino. Manda adelante y arriba!

No importa si alguna vez por él se va a un precipicio. Este fiasco, al que lo precipitó quien sabe que vaga esperanzas de alas, no puede negar su vida, que es de riesgo y de aventura. Y al fin, en último caso, hasta caído, tragado por el abismo, sirve para indicar el peligro...

De estos es, entre los hombres, un hombre, el vegetariano Astorga. Y entre la selva chaparra y hojarascosa de su sistema, es un árbol. Un fuerte y elevado árbol que se afirmó contra el suelo en una certeza férrea y definitiva. Dispuesto a caminar hasta con las raíces.

Pero, está al caer, ahora, minado por los bacilos de Kock, a los que les puso el pecho como una piedra al taladro de una gota de agua. Terrible prueba de la que sale vencido, taladrado.... Ah! ya tiene la raya blanca, mortal, el macizo bloque gris! Un simple golpe de tos lo partirá como un vidrio.

Pero, es un hombre! Va a caer con un gesto airoso, de copa verde, de rama llena de nidos. Y... mi muerte será dulce, como el jugo de las frutas, dice.

Como sea, su carácter, su voluntad y su ejemplo, quedan en pie entre nosotros. Son una herencia de todos. Como un camino labrado, metido a puño en la vida!

Queremos la solidaridad; pero sobre una base voluntariamente preestablecida: la igualdad de derechos entre todos los seres humanos.— F. Buisson.

Socialismo y Patriotismo

Entre los que se dicen socialistas, pocos hay que conozcan ya el socialismo. Generalmente, lo conocen mucho más los anarquistas, por cuanto han quedado siendo los dueños verdaderos del pensamiento socialista, tal como era cuando se reveló siendo una aspiración de las masas, y la solución necesaria de la cuestión social. Una vez que se produjo la escisión de los que buscaron como un medio, la política, — medio de elevarse políticamente en esta sociedad algunos individuos, satisfaciendo ambiciones personales de que estaban repletos, como todos los políticos,—lo que les restaba del socialismo primitivo, poco a poco fué perdiéndose o borrándose de ellos.

Los programas mínimos,—que son por los cuales los partidos socialistas se dan a conocer hoy,—no son otra cosa que programas bien delimitados de política burguesa; y están en su modo también en los parlamentos burgueses, donde ellos han de tener realización, por los parlamentarios o representantes socialistas. Todo el socialismo es hoy minimalista; y todo minimalismo es burgués, por cuanto se resume o se concreta en un programa de política burguesa, nada más...

La cuestión ha pasado a ser totalmente de las instituciones burguesas, y sobre este punto están de acuerdo todos los partidos socialistas. «Hay un programa de política burguesa que realizar, que ningún otro partido realiza»; sobre esto funda la acción política del socialismo. Pero la cuestión así es de arriba, y, por lo tanto, burguesa: de los parlamentos y las instituciones burguesas. «Nosotros realizaremos, — dicen los socialistas, — el programa de política burguesa facilitador, lubrificador, que hace falta: haremos las funciones de la vaselina o el aceite para que el parto sea menos doloroso o difícil; pondremos en posición a la criatura para que nazca rectamente; e impediremos todavía que todos los días sea aplastado o sufra con exceso el proletario, quitándole los ahogos factibles o posibles en el actual momento, — muy poco se puede hacer en ese sentido, — o que el movimiento social de las masas, — párvulo que recién echa a andar, — sea, con abuso de fuerzas, vapuleado o maltratado por los odiosos amos o reaccionarios.» Esta es la teoría; teoría, programa o acción de una flamante política burguesa, — entiéndase bien: «no proletaria», — opuesta a la política burguesa tradicional. Por esta teoría, — que ya no es teoría, pues es acción de todos los partidos socialistas, que éstos se apresuran a poner de relieve con el mayor interés, — toda lucha, todo dolor, toda contradicción, queda siendo del pueblo, como también la aspiración y el pensamiento socialista; los partidos socialistas sólo se ocupan en limpiar, dar nuevo esplendor o hacerlos servir para sus funciones, a los parlamentos y las instituciones burguesas: sus cuestiones son de arriba, — de los parlamentos, de las instituciones burguesas, «no socialistas»:—un programa de política burguesa los absorve...

¿Qué tiene que ver la política burguesa con el socialismo? Las críticas contra las instituciones burguesas subsisten. Para el valor y el derecho de las masas, el hecho brutal es, como reproducíamos de Lugones el número anterior, que «la mayoría, en los países democráticos, carece de expresión válida fuera del comicio. No se gobierna con ella, ni ella tiene otra función gubernativa que la de elegir individuos para que ejerzan el gobierno. Una vez que, a este fin, les ha acordado su confianza, gobiernan ellos con la constitución y su conciencia personal, que es decir: deliberan y resuelven por la mayoría, sin necesidad de llamarla a consulta. Fuera de esto, no hay más que la demagogia plebiscitaria o el motín.» Un programa de política burguesa, además, con respecto al socialismo, no es socialismo: es política burguesa. El socialismo es una aspiración de las masas, opuesta por el contrario a la más suave o la más tolerante política burguesa. Nace de un pensamiento diametralmente opuesto. Un parlamento burgués no podrá ser jamás socialista. Ni las cuestiones que se debaten en él son socialistas sino burguesas, ni la política de ninguno de sus miembros puede ser socialista sino burguesa: burguesa con respecto al socialismo si se quiere; pero imbuída de ideas y pensamientos burgueses, entre las cuales la de considerar solamente válida la expresión del comicio es la menor...

Así, todos los partidos socialistas han venido a reducirse en otros tantos partidos de política burguesa, divorciándose del pensamiento socialista, para casarse con todos los pensamientos, afirmaciones, mentiras y fanatismos que son propios de la política burguesa. Tal ha pasado, por ejemplo, con la idea de «patria» en los partidos socialistas.

«Los asalariados, — decía Pablo Lafargue, — que, aún en los países de sufragio universal, están excluídos de la dirección política, de la fijación de los impuestos, de la administración de los presupuestos, de la elaboración de las leyes y de su aplicación, de la composición del Juradó, porque no poseen ni tierras, ni medios de producción, ni las riquezas de las naciones donde han nacido, no tienen patria, como dice el «Manifiesto Comunista».

«Tendrán una patria, cuando hayan conquistado todo el contenido de la idea de patria, cuando hayan expropiado política y económicamente a la burguesía. Esta doble expropiación, objeto final de la lucha de clases, no podrá efectuarse dentro del cuadro nacional, impuesto por la historia, y por esta razón el proletariado no es nacional.

«La burguesía es forzosamente nacionalista, puesto que debe explotar al proletariado de su nación, pero en un momento dado del desarrollo económico debe adoptar cierto carácter internacional, para introducir en el mercado mundial las mercancías que ha robado a los asalariados.

«Si el proletariado intelectual, para sacudir el yugo de su clase dominante debe organizarse y revolverse nacionalmente, no podrá llegar a su emancipación definitiva sino por el acuerdo internacional con los proletarios de las naciones capitalistas.

«Toda revolución social es, fatalmente, internacional. La burguesía francesa del siglo XVIII no pudo derribar la aristocracia y apoderarse del poder sino proclamando la fraternidad de los pueblos, llamándolos a hacer causa común con ella para combatir a los tiranos: ser patriota, para los burgueses revolucionarios, no era amar a Francia, Alemania o Italia, sino amar la revolución. Hecha ésta, la burguesía volvió a ser patriota nacionalista para poder organizar nacionalmente su dictadura y explotación de clase.

«El proletariado revolucionario no tendría ni que conservar las antiguas nacionalidades, ni constituir otras nuevas, porque emancipándose abolirá las clases; el mundo será su patria.»

Ya hemos visto el programa de política burguesa, — del Estado burgués, con su escuadra y demás, — que se presentaba evidente a nuestro partido socialista, «para la introducción en el mercado del mundo de las mercancías robadas por el capitalista al asalariado», o sea la defensa del comercio internacional o mundial, cuanto este comercio pareció ser afectado por la acción de Alemania; veamos ahora, lo que la reducción a un programa de política burguesa exclusiva, puede hacer aceptar la idea de patria a este partido socialista, como acepta plenamente la expresión válida del comicio, lo que es un desconocimiento para el pueblo, y una condición cierta de esclavitud.

«La patria va siendo para los trabajadores una palabra menos hueca a medida que conquista su amplia y evolutiva evolución. Cuando en nuestras filas se habla del patriotismo como de una cosa excecrable, esa odiosidad, impropia de hombres libres, no es sino el prejuicio de un vocablo. Yo deseo que mi nacionalidad, simbolizada por esa bandera que algunos suponen antagónica al estandarte rojo...»—De Tomaso.

«No comprendo como puede existir antagonismo entre la bandera nacional y la bandera roja. ¿Qué culpa tiene un inocente símbolo, si unas inmundas manos la manosean? ¿Acaso tendrá culpa un lirio, si un truhán cualquiera lo elige y ostenta como emblema suyo?» — Dagnino.

«La bandera Argentina representa la idea de patria. Cuando los ciudadanos se sienten munidos del arma democrática del voto, ya pueden ser patriotas.»—Palacios.

Esto pasaba en 1909, y eran respuestas a una encuesta de la «Revista Socialista», dirigida entonces por Iberlucea. Después, los socialistas han ido aún más lejos. ¿Qué queda de socialismo, en estos socialistas obligados a pensar con un programa de política burguesa, así opuesto al pensamiento socialista?

Los anarquistas afirman el verdadero pensamiento socialista respecto a la patrias: el de Lafargue. El pueblo que ho tiene programas de política burguesa que realizar, y si desprenderse de muchos prejuicios y de muchos errores, verá también que éste es el verdadero. El, que está marcado con la uña, para ser la carne de cañón de todo patriotismo...

Los que militan por el error son tan numerosos como los que militan por la verdad. Esto es explicable: la verdad aisla. Para defenderla, uno solo en contra de millares de ciegos y de sordos, corriendo el riesgo de su ignorancia, el riesgo de su intolerancia; de pasar por loco, de perder la fortuna, la libertad, el riesgo hasta de perder la vida, es necesario mucho coraje, es necesario audacia.—E. de Girardin.

A cara siempre...

Afirmamos todo lo que es de la vida: la lucha, el trabajo, el amor; la voluntad idealista, el esfuerzo inteligente y fructificador, la voluntad de la pasión... Somos, en toda la línea, positivos y no negativos. Somos la cara de la vida, como otros son la cruz. ¿A cara o a cruz?... ¡A cara y siempre a cara!... Por todas esas cosas que un hombre joven y fuerte, rebosante como un vaso pleno, entra en la vida rompiendo la inercia, poblando el silencio o desalojando al vacío, somos afirmativos y no negativos...

Luchamos, trabajamos, amamos, queremos; tenemos fe en la lucha, fe en los brazos, fe en la resultante del trabajo o del esfuerzo; fe en las rosas o las espigas, que, plegadas como en una matriz, están inéditas en los senos del hombre; ellas son las que hacen fuerza, pujando, como todos los gérmenes, por abrirse el camino a la eclosión, a la vida... Cuando tras las empapaciones, de sol y de agua, de la primavera, vemos a la corteza de la tierra romperse por innumerables gérmenes hinchados, que hacen fuerza por levantar la tapa de su sepultura o de su entierro, saludamos en esos gérmenes realmente potentes, a una vida hermana de la nuestra... La hinchazón de los sexos, símbolo de la verdadera potencia, señala que la vida ha de ser pujante. No traigáis para la lucha, el trabajo o el amor, filósofos con dolor de muelas; traed aquí brazos, energías, pujancias; la capacidad de hacer será la que determine el «deber de hacer», libre y voluntario como un esfuerzo de la misma vida... A la vida le nacerán rosas, como a las mejillas de las muchachas, cuando las agita la vida o el sudor pega sus pelos a las sienes; de todo lo que es o lo que existe, porque se afirma, se acuña, o se constata en la piedra de toque donde se prueban los metales, volarán las palomas vivas del esfuerzo, del choque o fresación de la herramienta, que son las que rozan las sienes más amorosamente... Las palomas asadas de una «cultura» profesoral, esas son alimento para filósofos con dolor de muelas... Todo lo que en nosotros es vida, es en sus bocas, como en la del bicho de cesto, su congénere, hojas secas o resquebrajadas... Su desjugamiento, su pedagogía sin verdor, condena las palomas asadas de su pedantería... ¡Allá los que, frente a la lucha, el trabajo, el amor, se satisfacen con estas palomas asadas, o revuelven como hojas secas todo lo de la vida! Estos frascos bocones, de los que se ha escapado en seguida todo perfume, no están en condiciones de pronunciar la más mínima palabra de vida. Mil vidas se concentran en la menor obra feliz del hombre activo. Los frascos bocones, dejan escapar como un vapor, estas palabras abúlicas y sin esfuerzo: fanatismo, incultura, sumamiento con las masas; y ofrecen las palomas asadas de su pedantería... Revolviendo las piezas de su sorda madera, producen un ruido también sordo y matraquante: es que están hablando, marcándonos el punto o el asterisco a todos... Nosotros reconocemos muy bien que un aldeano que se ha aprendido penosamente la pedagogía, no debite sino ésta, las palomas asadas de ésta, cuando debe ponerse de frente a la vida. Pero amamos las palomas vivas y no las asadas; vivimos y no somos los pedagogos de la vida; luchamos, amamos y trabajamos, y a todos decimos: ¡qué luches, qué ames y qué trabajes también; qué seas fuerte y qué tu empeño sea logrado siempre; qué nada te détenga, trabe tu libertad ni tu espontaneidad, ni ridículo ni críticas pedagogas; qué vayas siempre adelante, y en aquello que eres por tí te afirmes, te clavetees una maciza y blindada personalidad; qué seas como una pistola cuyas piezas están arregladas para dar fuego corrientemente, y dar en el blanco!... Esto es lo que la vida necesita de tí, y de todos. No seas frasco bocón, nunca...

Crueldad disciplinada o indisciplinada

Renegaríamos de nuestra condición de hombres civilizados, si dijéramos que nos complacemos con la matanza, la destrucción o el terror, aún de los burgueses. Aceptamos, cuando un acto de esta especie se produce, la responsabilidad que pueda cabernos en esos actos, si son sectarios, por nuestras ideas contrarias totalmente al orden social actual, cuya supresión no es un misterio que deseamos y que buscamos; pero no es nuestra arma favorita el terror, ni la crueldad es nuestro afán ni nuestro deseo. Si se pudiera plantear la lucha en el solo terreno de la razón, de la discusión, nosotros la aceptaríamos voluntarios. Eso sería humano. Pero, ya sabemos que en el estado actual de las cosas, y de las exigencias que no pueden por menos que tener todos los gobiernos, aún cuando nos opongamos solamente para razonar, para discutir, suspendiendo la obediencia hasta ser persuadidos o convencidos por la razón, — la sangre del pueblo, de nuestros hermanos, debe correr abundantemente... El gobierno no discute, ordena, no razona, impone. Sus sectarios son mil veces peores que los anarquistas. Y van hasta el derramamiento de sangre, sin cuidarse de analizar si su sistema se funda o no en la crueldad o el terror. Sería hipocresía de nuestra parte, sería, asimismo, faltar a la verdad, si, cuando se derrama alguna gota de sangre burguesa también, dejáramos de atribuirlo a la misma organización que tiene por base el crimen sectario, y por fundamento al derramamiento de sangre. Nosotros vemos un porvenir en que ya no será necesario el derramamiento de sangre, porque la misma necesidad de mandar y obedecer se habrá eliminado. Somos completamente de este porvenir; consideramos hárbara y salvaje, — si bien planteada en estos términos y sostenida en ellos desde arriba, lo que es imposible negar, — esta lucha en que aún es necesaria la matanza, la destrucción, el terror. El sectarismo de la autoridad, sectarismo lleno de crímenes, más manchado de sangre que otro ninguno, es el que engendra el sectarismo anarquista. Sin eso, la lucha estaría planteada en el solo terreno de la razón, la discusión, como la lucha científica o de las teorías de los sabios...

En estos días, el pueblo de Buenos Aires ha sido alarmado por la aparición en distintas partes de bombas o petardos, que si bien en definitiva no han podido ser atribuídas a los anarquistas, — ¡gracias, siquiera una vez! — no han dejado de producir terror. Esto nos sugiere algunas observaciones, acerca de la psicología del terror en las sociedades actuales. El sectarismo anarquista ha producido tal vez algunos crímenes, si crímen en absoluto hemos de considerar todo derramamiento de sangre, aún de las fieras o bestias carniceras; esto produce terror. El sectarismo de la autoridad los produce, sin embargo, todos los días, y en personas de ese mismo pueblo: y eso no produce terror...

Los anarquistas no tienen la prioridad en el derramamiento de sangre sectario, ni tienen a su cargo la invención funesta de la dinamita. Su crueldad es excepción. Hay otro sectarismo, en cambio, — el de la autoridad, — que tiene la prioridad en todo, que tiene a su cargo y sobre su responsabilidad la invención de la dinamita y de los más terribles y destructores explosivos, que, ostensiblemente, se prepara para el derramamiento de sangre y el terror, que exhibe sus máquinas de producir la muerte y las filas inmensas de sus sectarios que las manejarán sin la menor vacilación: las caras y las aposturas de éstos, están diciendo que no se podrá esperar de ellos la menor commiseración; eso, sin embargo, no produce terror... Crueldades sectarias son las dos, sólo que en ésta es la regla, y en la otra, la excepción. La excepción, entonces, es únicamente la que produce terror; el burgués, amigo del orden, de la seguridad, de la tranquilidad, acepta toda crueldad sectaria, todo derramamiento de sangre, toda preparación para el crimen o el terror, si ella responde a una organización, si ella es disciplinada...

Y así es, en efecto. Unamuno arremete en «La Nación», contra esta frase de un manifiesto de los intelectuales alemanes: «El ejército alemán no conoce la crueldad indisciplinada.» De donde toda la crueldad de todos los ejércitos es disciplinada... Toneladas de pólvora y de dinamita, todos los días son lanzadas por esta crueldad sectaria disciplinada; sin embargo, en el mundo burgués no produce ella el terror que una simple bomba o petardo, a la postre inofensiva, encontrada en un portal o en un tranvía... Tranquilamente se relatan las acciones o los crímenes de aquélla; todos los diarios tienen un servicio especial para revelar hasta sus menores detalles; esto se exhibe como la cosa más lógica y más natural... ¿Qué pensar de un mundo burgués así, para el rechazo definitivo de toda crueldad sectaria; para el terror al crimen, al derramamiento de sangre, a la dinamita o los explosivos de la crueldad sectaria?

La crueldad sectaria disciplinada, es peor, muchísimo peor, — en la proporción de 10 millones a 1, — que la crueldad sectaria indisciplinada.

¡Dadores de empleos!
¡Tomadores de empleos!
¡Demandadores de empleos!
¡Guardadores de empleos!

Grima da al ver a esa gente que adopta una escarapela para utilizarla en un puchero.

Victor Hugo

EL CONFLICTO DE LOS EDUCADORES

No se pueden negar los beneficios de la escuela laica sobre la religiosa; pero la escuela del Estado está basada sobre una nueva religión: la del Estado. Al catecismo de la doctrina cristiana, sustituyen todos los catecismos de deber cívico o derecho político; la religión del patriotismo, la religión del Estado. Se educa para hacer catecúmenos de esta religión, tan absurda como la otra... De todas maneras, el educador está siempre en una triste condición en esta escuela. No puede tener la libertad, porque la escuela misma no es libre. No sólo los planes o los programas de la enseñanza no son del educador, sino del Estado que les paga para enseñar lo que él quiere; sino que todo acto de libertad o independencia personal en estos asalariados, dependientes de los ministerios o consejos de educación,—no formados por los educadores, sino por el Ejecutivo, para poner su vereda a los educadores,—plaga de faltas o malas notas su foja o su planilla de funcionario... Se quiere asalariados completamente sumisos, grises, sin relieve, enseñando lo que le dicen como un mecanismo; que no tengan juicio propio, que no se opongan ni critiquen, que no se organicen para su defensa de asalariados, o contra abusos o injusticias de los que los mandan. Y todo se lo permiten, especialmente los consejos de educación, con ellos: desconocimientos, desconsideraciones, malas notas, multas, castigos, y, por fin, la suspensión o la separación del empleo. Y los ordenamientos disciplinarios, llueven sobre ellos como sobre los milicos o sobre los presos de las cárceles, principalmente para parar una justa protesta o para mantener un abuso cualquiera. «Pena de suspensión o separación para el que hable o escriba en contra o en favor de un acto del consejo; delito de sedición o de rebelión si los educadores se unen o se organizan para resistir los actos intolerables del déspota.»

Hemos visto el conflicto de los educadores con el consejo de educación, de estos días. El consejo de educación había exonerado, cometiendo la más irritante de las injusticias, a un maestro de Entre Ríos. Contra esto se levantó la Liga Nacional de Maestros, y publicó un artículo de repudio a la injusticia en la revista «Renovación», órgano de la Liga. Los educadores que forman la comisión entera de la Liga, junto con los que redactan la revista «Renovación», —órgano gremial, y que se ocupa además de asuntos de educación,—fueron llamados al consejo y notificados de inmediata suspensión. Luego, para parar todavía el efecto que esta medida de autoritarismo milico produciría en el gremio de maestros, el consejo ha pasado y hecho suscribir formalmente a todos los educadores, con la amenaza suspendida sobre ellos de la separación, una nota en que se comprometen o se obligan a «no hablar ni escribir nada, ni a favor ni en contra del consejo». Los débiles la han firmado; los fuertes la han resistido; sobre ellos se cierne ahora el odio o el furor del consejo milico, garantizado de atrás por el apoyo del Ejecutivo o del Estado.

Por esta medida, quedan los educadores en la Argentina realmente equiparados a los milicos de enganche. Y para que esta equiparación sea más evidente, la asociación de maestros de la de-

pendencia militar, no ha dejado de responder a la Liga que no se cuente con su solidaridad; que un consejo milico es el ideal y lo propio para maestros milicos... Nosotros llamaríamos a estos educadores de los milicos, con el nombre que se da popularmente al sexo de las mujeres y para indicar en los hombres falta de virilidad. Los mismos milicos podrían ponerle este nombre que les encaja, y hundírselo hasta las orejas, como un gorro de coronel o capitán...

El pueblo se está haciendo...

No habrá fuerza que detenga, si el pueblo,—el tosco, el humilde pueblo,—emprende la tarea de hacerse, de tallarse a sí mismo, buscando de asimilarse, de comprender, de ser instruído y conocedor de todo. Y en mil hogares, bajo la penuria misma de la miseria, despreciando los entretenimientos tontos o rutinarios de los que arrastran su vida sin pensamiento, no buscando otra cosa que matar, consumir el tiempo,—precioso tesoro para el que quiere la vida para algo, para ser un hombre que conozca o un hombre que entienda,—mil hombres del pueblo, humildes, tenaces, teniendo que vencer todo género de dificultades, no desalentándose nunca, persistiendo siempre, están cada día, a todas las horas, haciéndose y haciéndose, de la misma manera que sube el suelo de una costa baja, depositándose, depositándose sobre ella el aluvión de las aguas... El pueblo se hace a sí mismo, y se hace casi exclusivamente por su solo esfuerzo; ya el joven huye la banalidad, y experimenta el agrado de comunicar con pensamientos serios; ya la almohada del obrero es el libro, y su descanso o su placer no es la taberna, ni el café: es el ateneo del pueblo, el centro de estudios, donde existen bibliotecas, se dictan cursos o se dan lecturas comentadas; la sed de hacerse, de estar a la altura de futuros destinos, no puede negarse ya... Si la banalidad de los que nada piensan está aún muy extendida, los que por el contrario quieren pensar y obrar muy seriamente, aumentan de día en día...

Desconocidas, totalmente, las frentes pensadoras que huyen del café, de los entretenimientos estúpidos, de las compañías banales, están inclinadas sobre el libro, en la misma mesa donde acaban de realizar su parca ó corta comida. Su trabajo es apenas conocido de sus más íntimos, que muchas veces le disuaden o hacen lo posible por arrancarle a él... Los que le ven cruzar por la calle, o los amigos de la familia que se sorprenden por su aire grave y discreto, tal vez desproporcionado para su edad, dicen: «es un mozo serio»; y en esta frase hay deferencia, respeto... Y cuando un día su boca se pone a hablar, revela conocimientos, ideas, superiores a las de los hombres del pueblo, revela mundos o marca horizontes, hasta entónces no conocidos ni sospechados, nadie sabe en qué punto la crisálida se convirtió en mariposa, se convirtió en flor, como dice Hugo...

El pueblo ha emprendido la tarea de hacerse; tiene fe, no tiene desmayos, a pesar de faltarle base, y los medios mismos estar muchas veces fuera de su posibilidad. ¡Mejor! Si el pueblo se hace, no habrá quien le evite ni le detenga. Hecho por sí, dará su rama o su fruto, como cualquier árbol que posee savia.)

Comte, primero, y después algunos profesores, — entre ellos Altamira, — han pretendido confeccionar un catálogo de los lichos o las obras buenas para el pueblo. ¡Vano ha sido! Esto es menos sistemático, más libre, abierto siempre, y la orientación no tarda en encontrarse: el pueblo posee un seguro instinto acerca de la orientación del pueblo; la altura de futuros destinos, a ningún pensador obrero u hombre del pueblo, se oculta ya...

Los anarquistas son los que aman más que el pueblo se haga: hombres lichos del pueblo son ellos mismos. ¡Para cuando el pueblo se haga, compañeros, para entonces será la Anarquía!...

Consideraciones de actualidad

La ausencia del pensamiento de la revolución, es asimismo ausencia de pensamiento sociológico, en cualesquiera de las órdenes que aparecen reducidos hoy a un simple reformismo. El pensamiento de la revolución, es lo único que caracteriza un movimiento con pensamiento sociológico, con aspiraciones sociales realmente efectivas o ahondadas. Esta revolución, no puede ser otra que el cambio de esta sociedad en una comunista; y el pensamiento de esta revolución es lo que concede todo el valor sociológico al movimiento obrero revolucionario de nuestros días. Este debe afirmar nuevos derechos al proletario, no debe contentarse con el antiguo que está fundado en el interés de los amos,—todos los derechos que puede reconocer esta sociedad al proletario, ampliamente reconocidos por amos y gobiernos, no varían sus condiciones de esclavitud; después de todos estos derechos, aún el proletario es un pobre y triste esclavo, como lo demuestra abundantemente la sociología; debe inscribir e inspirarse realmente en el principio de que una transformación revolucionaria es necesaria para su emancipación: de que el fin deseado y perseguido, es la expropiación de los actuales propietarios para poner todo a disposición de toda la sociedad; y la desaparición de los gobiernos, que son los celosos defensores de aquella propiedad, y además la causa de opresión que todos conocemos, siendo los gobiernos, los parlamentos y todas las instituciones la afirmación del principio de autoridad, y la negación airada y armada de todos los derechos o la libertad del pueblo. En este camino,—que es el de una orientación social,—debe mantenerse el movimiento obrero, para valorarse o reclamarse de una finalidad también social. Sin esta finalidad social: ¿qué será de todo; no será el removerse del esclavo bajo la cadena, sin pensar jamás en su libertad?... En este camino, y con estas ideas, que revelan un pensamiento más elevado y profundo, con el nacimiento en el oscuro esclavo de una nueva conciencia que transforma todos los valores de la educación burguesa, religiosa, política o patriótica, sustituyéndolos por otros de una educación societaria, libertaria, proletaria, honradora del esfuerzo y de la acción independiente y emancipada del hombre, debe conservarse el movimiento obrero que es «conciente» de las causas sociológicas del malestar social, y se orienta a atacar, firme y continuadamente a estas causas sociológicas, lo que es dar en el clavo y no en la herradura, aunque los golpes sean débiles o poco fuertes por hoy.

Esto es todo lo contrario del reformismo, pues es pensamiento social, y el pensamiento social es necesariamente revolucionario. Cuando decimos que un obrero es conciente, queremos decir que es conciente de esta causa social, y del pensamiento sociológico que debe inscribir el movimiento obrero revolucionario. Esto hace la conciencia moral del hombre nuevo; y la disolución de esta conciencia moral, hace caer en la más baja materialidad del mundo burgués... Entonces, ya no existe ni aparece por ninguna parte el pensamiento revolucionario, — sociológico también, — emancipador y dignificador; el proletario apaga su luz que le alumbraba un mundo nuevo, y vuelve a ser el triste esclavo, sin redención ni dignificación posible, que besa de rodillas la mano del amo, o de ella espera ser tratado con dulzura o con piedad que no merece... La ausencia de una moral revolucionaria, es la ausencia de una conciencia revolucionaria también. Y es notorio que, cuando las dos faltan, o son aún motivo de risas cínicas o bárbaras pullas en los que debían ajustarse principalmente a ellas, como ocurre hoy, el nivel se encuentra tan rebajado y aún relajado, que no sabríamos encontrar por ninguna parte el movimiento conciente, dignificador, sano, serio, severo, afirmativo, que efectivamente está evaporado o disuelto. Si no hay una moral anarquista, —moral de los hombres, y también de las instituciones,—es que ha desaparecido el pensamiento anarquista. No queda más que conseguir un resultado cualquiera, por cualquier medio, aunque sea por una contradicción o una bajeza. Aún más: el medio mismo es indiferente; y si uno que no es anarquista, ni sindicalista, ni revolucionario, parece que dará mejor resultado: ¡afuera escrúpulos; se elige este medio, y que vaya al diablo la conciencia y todas las demás músicas!... Con eso no se para un puchero. Con eso, sin embargo, se mantiene en el camino de la revolución: ¿y no es esto lo que debe preocuparnos?...

Si, por su parte, algunos anarquistas han considerado que era lo más revolucionario,—contra la Anarquía; ellos no han visto esto contra lo cual revolucionaban,—romper con toda moral con las ideas, reir con risa cínica o perseguir con bárbaras pullas a los que ellos han llamado despectivamente «moralistas», como un término de oprobio, con lo que únicamente han demostrado su corrupción moral; los sindicalistas han sobrepasado el mismo reformismo sindicalista, para entregarse en cuerpo y alma al presidente Irigoyen, a los comisarios de orden social y al jefe de policía... Y el mismo reformismo sindicalista es tan poca cosa, y todas sus conquistas quedan tan rápidamente anuladas, que, como dice Jules Guesde:

«Si el trabajador llegase a economizar, a expensas de su alimentación, privándose de ella y acostumbrando su organismo a esas privaciones, podría ahorrar, sin duda, con el tiempo, una corta cantidad.

«Pero si esta economía se extiende del individuo a la clase entera, es decir, si la clase obrera demuestra, con sus imposiciones en la Caja de Ahorros, que le es posible vivir con menos de lo que constituye su salario actual, este salario decrecerá inmediatamente otro tanto.

«Seguros por experiencia de que esta reducción no les privará de «sus» trabajadores, por haber éstos demostrado que pueden satisfacer sus necesidades por una retribución menor, los industriales, siempre en su deseo de producir barato, serían irresistiblemente arrastrados a disminuir los salarios.

«Si los obreros en masa pudiesen practicar la virtud del ahorro, que tan predicada les ha sido por la Economía política, sólo conseguirían el resultado de hacer que disminuyera la remuneración, ya insuficiente, de su trabajo, con aumento de la ganancia del capital.»

Nuestro beneficio

El pecado original del nacimiento, nos hace aún fuerza y carga sobre la vitalidad actual de nuestro periódico. Nacer así no más, sin tener para raíces,— esto es sin tener sino para medio número del primero—, es un pecado que tenemos que pagar todavía. Un hueco de atrás tenemos que rellenar; por ahí se nos entra el aire del déficit, que los números posteriores no han dejado.... Es eso como tener un pulmón abierto, siempre. Sobre esa falla hemos de volvernos cada número, como el cordelero retorciendo su cuerda. Pisada de ayer, hoy se nos recruza... Al presente, todo está sobre su pie, todo se cubre. Y más se cubriría, taparía aún lo de atrás y suministraría cal, cemento, materiales para adelante, si todos los que deben al periódico pudieran pagar. No podemos y no queremos ser exigentes a este respecto: sabemos que todos mandan lo que es posible; que si pudieran más, mandarían más ... «La Obra» no ha de cortarse, como el agua corriente, al que no pague. Si hay, debe haber para todos; al que tiene sed, agua con la taza de las manos, agua para toda su sed o todo su deseo.... No preguntamos primero, sino después, si tiene para pagar el gasto. Mala administración tal vez, pero buen anarquismo.... Pero no tan mala administración, si la cuenta sale, como queremos, para las ideas, para la propaganda.... ¡Y esta cuenta sale, glorioso, magnífica! Es una cuenta en que las cifras suben y suben, sin experimentar quebranto. Cuenta de nosotros, también, con el ideal que alimentamos y con la decisión de nuestras vidas.... Cuenta como la del «Libro de los Muertos», encontrado en sepulcros antiguos, dónde se dejaba constancia de lo que se había hecho en la vida. «He sembrado el trigo cuando era su tiempo, no he destruído la espiga verde ni cortado la fruta no madura; no he impedido que el agua corra, ni enturbiado el agua que el hombre o los animales debían beber; he hecho todo lo posible y no me he negado nunca a lo que tenía que hacer: por mí, tampoco, se ha dejado nunca de hacer un canal, o drida una tierra que otros querían hacer culta....»

Preferimos llenar nuestro tanque, si está vacío, arbitrando los medios, a reducir el agua o darla de mala calidad. Para eso nuestro beneficio, con cinematógrafo y conferencia.... Programa de fiesta quizá no muy atractivo, regular no más, sencillito; pero programa de obra con «La Obra», morrudísimo, siempre....

Compañeros: el juevecito, no el de hoy, el de la semana que viene; a encontrarnos en el cinematógrafo; y también a la compañera.... Nos apilaremos allí, todas y todos. ¿No nos apilamos siempre, en los salones, las conferencias, los anarquistas? ¿Y no somos más felices con ésto, que con andar desapilados por biógrafos o salones burgueses?....

Y antes, el 7 debemos apilarnos en la función del Centro Amor y Libertad, y el 8 en la función de la Liga de Educación Racionalista; después, debemos apilarnos todavía el 15 a la tarde, en la matinee de la Biblioteca Internacional, y el 15 a la noche en la función del Centro de Caballito Sud....

El bacin de miel...

Mejor es, muchas veces, ser tortero o alfajorero en el rincón de una remota provincia, — como dicen que era el sanjuanino cabezón de Sarmiento, antes de ser el autor del «Facundo», y antes de ser otra cosa que tortero o alfajorero en una pérdida ciudad de Cuyo—, que orador de las masas, aquí en Buenos Aires, y en tren de hacerse ambiente para caudillo o diputado.

Al tortero o alfajorero, o empanadero o masitero, aunque tenga la cabeza como bola de piedra, con ásperos resaltos o hendeduras, como debió ser la cabeza de Sarmiento, antes y después de ser tortero o alfajorero, es siempre dulce recibirle de la mano una torta o una empanada,—entre dos hojas de masa, dorada y blanda, una camada de dulce, como muchacha entre las sábanas—, aunque la boca gruña, o como botones de gallo, la mano rasque, raspe o arañe, con sus callos toscos, duros o groseros... ¡Tortero, alfajorero, tienes siempre un dulce y sabroso capital, para nuestros dulces y sabrosos apetitos!

Pero, al orador despalillado, cuya oratoria es una peluquilla fina, enrulada como tabaco para cigarrillos, que se para ante las masas, con su torso también despalillado, a mover ambiente para su candidatura o su política: ¿qué es escucharle, o como se dice *llevarle el apunte*, si sus tortas son sin masa y sin dulce, si él mismo es un pollo deshuesado, y si nada es entre los dos platos lo que él viene a ofrecernos como las tortas o los alfajores pasteleados en su casa?.... Al orador despalillado, que además quiere ser diputado, y además hace propaganda guerrera, que él cree grata al pueblo como las tortas o alfajores, se junta y se llena un bacin, un vaso de noche, con miel... de la noche también; y allá va ese obsequio, ese ramo de flores de los jardines del pueblo!....

Tal le ha pasado, nos cuentan a Mantecón, del flamante Partido Socialista Argentino, en una de sus conferencias guerreras o intervencionistas; y de mover ambiente para su posible candidatura y el éxito político del partido a que pertenece: como un bombón, se le arrojó y cayó a sus pies, derramándose su crema, un vaso de noche con su contenido... Pero, rápidos como el pensamiento, sus allegados que le rodeaban, se pusieron a protestar, queriendo cambiar la naturaleza del obsequio:

—¡Lo han tirado una escupidera con aceite!...

El pueblo intervino, y restableció la verdad:

—No, señores, no! Es miel, miel fresquita y en terrones.... ¡Lo han consagrado a Mantecón!

Los problemas del día

La parte del problema general, siempre subsistente,—problema de alcanzar en la sociedad los verdaderos derechos y el valor de la persona humana, que hoy están por los suelos,—los proletarios tienen un problema del día, problema urgentísimo, que es el de trabajar o no trabajar, comer o no comer, ver disminuirse o evaporarse del todo su ración, por la carestía de los artículos de consumo, no equilibrada por un aumento proporcional de los salarios: el problema de subsistir hoy, de conservarse e ir tirando hasta mañana... De manera que no solamente inferiores, explotados por el amo o el patrón, sin un derecho oponible contra amos y capataces que pueden apretar la mano hasta que quieran o hasta que él se vea obligado a consentirlo, con pena del hambre o la más negra y completa miseria; no solamente acribillado a balazos, como en Zárate, o enviado a la cárcel si toma un pan, sino la inseguridad de subsistir el día siguiente; de encontrar trabajo si lo requiere, comprometiéndose a bajar su dignidad hasta el punto extremo que puede bajarle un hombre; de obtener medianamente su ración, si con más sudor y más desgaste produce o trabaja... Estos problemas del día,—la desocupación, la carestía de la vida,—pretenden tener, en los prohombres o las instituciones burguesas, una solución también del día. Cuando los proletarios sean normalmente ocupados y explotados, tengan el azúcar a 41 y el pan a 25, ya la cosa estará sobre sus rieles, no habrá de qué quejarse y debemos agradecer la labor paternal de los amos o las instituciones.

Los socialistas,—sin contar a los radicales, que en estas cosas quieren hacerle la competencia,—tienen todas las soluciones de estos problemas del día: solucionados por las instituciones burguesas, se entiende. Si ellas no lo hacen, es porque no quieren o se muestran remolonas... Entonces, para instarlas a cumplir con su deber, llaman al pueblo que se haga ver, y peticione... Le reciben ellos, en los balcones del Palacio del Congreso, rodeados de los diputados o representantes del pueblo. Y al pedido humilde del humilde pueblo delegante, que delegó en ellos su soberanía—«no podemos más, excelencias: nuestro problema del día es más duro que el de una bestia que en ninguna parte encuentra qué comer!»—, contestan los delegados que vayan tranquilos, que este problema está en estudio, como todos los demás, y que en su oportunidad será encarado y resuelto... Allí arriba, en los delegados, no hay miseria, poco puede influir en ellos la carestía, y aprovechan además estas manifestaciones para pavonearse de su dominio o su influencia sobre las masas. El volumen o la extensión de éstas, es un éxito de partido. Luego, mientras los manifestantes se retiran, apretándose la barriga con la espalda, la prosa papaverácea de los grandes diarios burgueses o socialistas, hablan ya de estos problemas del día, todos solucionados, que no hay más que pedir...

Este parece un mundo en broma; no se sabe cómo pueden decirse con la mayor seriedad ciertas cosas, y cómo el pueblo no advierte la desconsideración o la burla. Por el estado social, los proletarios deben sacrificarse, o son sacrificados sin el menor miramiento. ¿La desocupación? El Departamento del Trabajo presenta su estadística probando que no existe desocupación: un problema del día felizmente solucionado... Foullón, prefecto de París, que después fué decapitado y su cabeza paseada en la punta de un palo por las multitudes, decía a los que gritaban: «¡tenemos hambre y no tenemos pan!...»

—¿No tienen pan? ¡Pues qué sieguen la yerba del campo y se la coman!...

Los radicales se la dan ya segada: el famoso pan integral; otro problema del día solucionado...

En cambio, como según ha revelado el censo, el pueblo no tiene suficiente representación en el Parlamento, pues le faltan 38 diputados, va a solucionársele este problema del día también, dándosele esos 38 diputados que le están correspondiendo por la proporcionalidad del censo. Hecho esto, pudiendo votar, con hambre o hartura, comiendo pan integral o yerba segada del campo, ya la patria dejará de ser una palabra hueca para nosotros, según la tesis del partido socialista que publicamos en otro lugar.

PARA REFLEXIONAR

Metáfora—

Es tal vez el postrer abrazo: el hijo va a partir, y al escuchar las vibrantes notas de la corneta, intenta desasirse de los brazos de la vieja aldeana.

Fingiendo regocijo murmura a sus oídos:

—Madre, no llores.

Es la patria quien pide el valor de sus hijos; es por ella por quien voy a luchar contento; es su bandera la que talvez ornaré de laureles.

En ella nos movemos y vivimos y somos. Ella nos proporciona el pan del cuerpo y el alimento del espíritu. Nos ha guiado niños, y hombres nos acompaña donde quiera.

Y sintiendo temblar a la viejecita, que esconde la nevada cabeza en su capota, prosigue:

—Sería un abominable crimen, una infamia sin nombre, olvidar a la madre que nos llama, que implora nuestro auxilio, que exige nuestra sangre y nuestra gratitud.

Detiénese el soldado y sostiene a la anciana que desfallece y no le escucha.

El dolor la ha matado en sus brazos.

*

Los niños grandes—

¿Tú sabes lo que has hecho? le decía el amigo al héroe; has llamado un punto sobre ti la atención de Madrid, no de Madrid, de España, no de España, del Mundo.

El héroe le escuchaba impasible.

—¡Qué hermosa es tu labor! Defender la justicia sólo contra todos, sacrificar la fortuna, tal vez la vida a la verdad, arrostrar los ataques de la ira, de la envidia, de la calumnia. Es el colmo de la virtud.

La misma impasibilidad.

—Los hombres te elogian por tu talento, las mujeres por tu valor, los niños por tu sencillez, los ancianos por tu constancia, todos por tu integridad de conciencia.

El héroe escucha y calla.

—Solo tú podías hacerlo, que encierras tal espíritu en cuerpo tan hercúleo. Porque cuidado que eres fuerte! ¡Qué brazos! ¡Estás hecho un barbarote!

El héroe sonrió, satisfecho por fin; habíase pulsado la cuerda de su vanidad.

*

El sublime egoismo—

El padre—¡Qué vergüenza! ¡La batalla se pierde!

La madre—¿Se pierde?

El padre—Acaso. El infortunio de la patria necesitaba ese último baldón. Seremos el ludibrio de Europa, la eterna mofa de las naciones cultas.

La madre—¿Y los soldados?

El padre—Volverán humillados, vencidos, cubiertos de tristeza y de luto.

La madre—¡Volverán!

El padre—¡Oh dolor! ¡Quedaremos sin gloria!

La madre—¡Oh alegría! ¡Abrazaré a mis hijos!

*

La eterna plebe—

El pueblo dormía.

—¡Esclavicémosle! dijo el tirano; y cubrió su cuerpo de pesadas cadenas.

—¡Fanaticémosle! exclamó el sacerdote; e inundó su cerebro de sombras.

—¡Oprimámosle! gritaron los pa-

rásitos; e impusieron a sus esfuerzos trabas.

Y los nobles, los guerreros, los sacerdotes, los mercaderes, los parásitos, después de martirizar y de explotar al pueblo, hicieron más: le maldijeron por los siglos de los siglos.

De pronto, sobre el valle, pasó desoladora y terrible la tempestad.

Y derribó los templos, pulverizó los palacios, y anonadó las fábricas y sepultó en sus escombros al pueblo.

Después....

Después los magníficos, los poderosos, los soberbios, los indomables, roturaban la tierra, trabajaban la madera y el hierro; cultivaban las artes.

Habían tenido que hacerse pueblo para vivir.

*

Política práctica—

—Mi teoría es muy sencilla, como todas las grandes concepciones, dijo aquel buen señor arrojando un terrón de azúcar en el fondo del vaso.

—Venga esa teoría.

—Allá va: Supongo desde luego que la mujer no existe.

—¡Caramba!

—No existe. No hay más que hombres, todos los cuales son iguales exactamente.

—¡Canastos!

—Exactamente. Esos hombres expresan su voluntad y lo que la mayoría acuerda se hace y boca abajo todo el mundo.

—Pero....

—Boca abajo todo el mundo: la familia, la Universidad, el Municipio, la región, el taller no tienen otra representación que lo que dice la mayoría. La mayoría es siempre ilustrada y buena y si pide la tiranía se le dá y si pide la revolución también se le dá.

—¿Cómo?

—Como sea, pero se le dá. Lo mismo que si pide la luna.

—¡Señor mío!

—Todo en teoría. En la práctica el gobierno saca mayoría también como puede y los particulares se agarran si tienen aldabas y si no se hunden.

—¡Eso es un absurdo!

—¿Un absurdo? Pues mire usted, es el punto de partida de todos los partidos políticos.

Antonio Zozaya

Vivir sin hacer nada, es hoy el signo de la inferioridad de capacidad y de educación.—M. Guizot.

LAS IDEAS ANARQUISTAS

Exposición para burgueses y proletarios

(CONFERENCIA LEIDA EN SAN PEDRO EL 2 DE FEBRERO)

Las ideas sociales que yo profeso, son duras, son filosas, son cortantes como cuchillo; y han de sacar sangre, han de herir, en aquello que más estiman, en aquello que forman sus convicciones, a muchos de los que están aquí presentes, de los que han venido acaso, atraídos por la curiosidad, a escucharnos esta noche.

Revueltas de un lado a otro, hechas rayar o centellear, en todas sus consecuencias y todos sus efectos, como una daga con sus filos, parecerán un ataque personal a esas personas; y parecerá injusto a ellas, que conocen sus móviles, sus motivos de obrar, que creen estar seguras del fondo de sus acciones, según las ideas admitidas y corrientes: que se esfuerzan, quizá, en ser lo mejores posibles, dentro de su situación o sus límites: que llevan cuán lejos les es permitido, la consideración o los respetos humanos, aunque esto sólo no baste para determinar un hecho social de importancia; no amando el mal, como los degenerados, por las satisfacciones que proporciona; sintiendo por el contrario la inclinación del bien, aunque no sabiendo con exactitud donde fijar éste, en la sociedad presente y en las actuales circunstancias. Y de mí, que soy de esta ciudad, que casi de la cuna conozco a todos y más a los de arriba que a los de abajo, que estoy en condiciones de haber buceado, de haber sondeado en el fondo de sus acciones y de haberlas comprendido con inteligencia, parecerá que me niego por sectarismo, por incomprensible mala fe, a ser justiciero con las personas: a decir sí, dadas todas las circunstancias de la sociedad, que yo conozco, que yo no puedo ignorar, podían hacer más, proceder distintamente, ser más buenos o mejores: que, contra la propia justicia me complazco en afirmar el concepto odioso de los descamisados, sólo por desesperar de todo esfuerzo bueno, de toda noble intención, de todo bien presente o de este momento; sólo por divergir de una manera irresponsable y violenta, fácil al proletario que no posee nada, que nada sabe, por lo tanto, de vuestros problemas ni de vuestras cuestiones, del trabajo, quizá, laborioso de vuestra conciencia; sólo por llevar a todo el mundo la contraria, negándome obstinadamente a los hechos, cerrándome a la razón, y manteniéndome a macha-martillo en mi terreno o mi posición...

Declaro que hago justicia plena a las personas, como éstas me la han hecho también a mí, en la ocurrencia pasada de mi encarcelamiento; pero, por lo mismo, la hago también a la sociedad en que vivimos, y que es causa de que las mejores intenciones personales sean impotentes para atajar un mal que proviene de la organización social.

Creo muy bien que en San Pedro, como en el resto en las demás partes o lugares del mundo, con las excepciones naturales que yo no podría negar, existe un número superior de personas buenas, cordiales, hasta capaces de dispensar unos rayos de amistad o simpatía, por debajo de mangas, al ser desheredado cuya aporreada vida ven transcurrir a su alrededor; que se conmueven sinceramente con los males de la miseria, sin que por eso dejen de ser forzados por su interés a explotarla; que arbitrarían de buena gana, de buena voluntad, un medio, un recurso cualquiera, para mejorar al menos, a algunos individuos o algunas familias cuya situación pasa el extremo de lo triste o lo miserable... ¡No! Los hombres que pertenecen a mi tanda, a mi generación, y que son los que más conozco, no son en su mayoría malos, de mala hebra, de perversa intención; no son más malos ni más buenos que los hombres en general, y yo no podría decir hasta qué punto, con otra organización de la sociedad, podrían ser excelentes, iguales a los más buenos y mejores. Yo no quiero decir nada, ni lo necesito tampoco para mi demostración, de los burgueses como personas, para juzgar a las cuales es preciso ser una de ellas, es decir, sus iguales, pues el hombre se muestra verdaderamente lo que es con sus iguales, — nosotros somos sus inferiores, y por eso nos aplican un tratamiento que no dispensarían a sus iguales; para algunos somos como el perro o el caballo, y ésta es, efectivamente, la categoría que tenemos en la organización social, aunque seamos hombres; —ahora, como representantes del capital ya es otra cosa, y por bellas personas que sean, su acción se extiende funestamente sobre los proletarios. Estaría demás, sería sencillamente una inocentada, que yo propusiera un cambio de personas, en la retención de la propiedad y el fruto del trabajo de los productores; dejando a éstos desposeídos, como hoy y como siempre, tanto más cuando me vería en un gran apuro si hubiera de confeccionar la nómina de los que se podían poner en su lugar; sin que me hagan mucha fuerza, reconoceré si se quiere que el capital, la propiedad, están en tan buenas manos como en este momento y atendiendo al estado social pudiera desearse; ¡no! yo no me limito a decir que la propiedad podía estar en mejores manos, más suaves o blandas; y que de ello dependería la desaparición de la miseria, porque sería esparcir una mentira y robustecer una ignorancia; yo vengo a decir que, en las manos de cualquiera que estuviera, aún las nuestras propias, lo malo, aquello que los proletarios deben procurar derribar, como causante de su miseria o de su mal, es la existencia de propiedad privada y capital... Propietarios nosotros, dueños del dinero o del capital, no seríamos más malos ni más buenos y no resolveríamos más el problema de los proletarios, que los propietarios y todos los capitalistas del mundo. ¡No! Los hombres pueden dolerse, y se duelen, efectivamente, si son buenas personas, de las heridas que produce el capital; pero el capital es inflexible, obra con la fatalidad de una ley económica que nosotros no originamos, que origina el propio capital; eso está por encima de nosotros, en la organización social, cualquiera se da cuenta; el propio capitalista, por más que lo desee, no puede impedir que la concentración en sus manos de una parte del capital de la humanidad, representando el trabajo de las generaciones, deje de obrar su influencia acostumbrada, en el empobrecimiento de las masas y en la iniquidad general. Luego, no queremos, ni necesitamos para nuestro objeto, hablar de los burgueses más que como representantes del capital, como no queremos ni necesitamos tampoco hablar de los proletarios, más que como oprimidos por el capital.

Nuestra palabra va dirigida a éstos, y no a los primeros, pues son los que sufren las consecuencias del mal, y quienes pueden imponer también una existencia diferente a la sociedad, modificando o destruyendo de raíz a la misma propiedad. Y a éstos venimos a decirles: hasta ahora se ha necesitado al capital para producir, y; por lo tanto, ha habido que pasar por el capitalista, sufriendo todos miseria, para que éste tuviera goces; pues bien, una ciencia nueva, propia para fundar un mundo nuevo, dice que no se necesita de ninguna manera al capital y al capitalista, que se necesitan productores y los medios de producción, y con esto basta para organizar el mundo económico y social que se quiera... El capital interviene, se ha hecho dueño de la vida económica y hasta moral de las sociedades, sólo por haberse apropiado y detentarlos en su exclusivo provecho, los medios de producción acumulados por la humanidad; deber es de los productores rescatarlos, por la expropiación o la toma de posesión directa; negarse, a trabajar, como hasta aquí, bajo la dependencia del capital; ser los directores de la producción, como asimismo de su distribución, según las necesidades humanas, y no según las conveniencias o las ganancias del capital. Esta es la revolución que se presenta hacer a los proletarios, como a todos los hombres de corazón que en realidad aman la dicha y el bienestar de la humanidad, para que desaparezca la miseria, para poner término a la injusticia y la iniquidad social. Las huelgas son, ya una tentativa que hacen los productores en ese sentido, negándose a producir según las exigencias del capital. Estamos en este período. Un paso más, y se romperá la dependencia completamente. Un buen día, día que alumbrará dichosamente el sol, como el de la salida de un gran error que nos hacía a todos infelices y desgraciados aún sin saberlo, — hay muchos que envueltos en la sombra de una piadosa ignorancia no conocen su propia desgracia, — después de haber cerrado los patrones todos los talleres y suspendido todos los trabajos, en protesta contra sus obreros cuyas exigencias no podrán ya satisfacer, no porque éstas sean excesivas, sino porque habrá llegado la bancarrota para el régimen capitalista, que no podrá sostenerse más; resueltos a no reabrirlos y hacer perecer por falta de producción a una sociedad que será impotente ya para producir ganancia al capital; irán

los productores y tomarán posesión de ellos y reanudarán en todas partes el trabajo, con un brío, con una potencia y con una felicidad desconocida; y la sociedad amenazada de perecer, saludará a sus salvadores que le suministrarán de nuevo el carbón y el hierro de las minas, los frutos de la tierra y los géneros de la industria, y, en fin, todos los productos. Este final no es una vana imaginación nuestra; el mundo deberá llegar a él forzosamente. En el horizonte se cierne ya la bancarrota del régimen capitalista; donde quiera que miremos el capital engendra su propia destrucción. Y cuando falten países nuevos, terrenos vírgenes y no explotados todavía: ¿de dónde habrá de sacar su interés el capital sino de la substancia magra de países ya reexplotados, de productores enflaquecidos y de una industria sin salida? Si tomamos el comercio exterior de uno de los países más prósperos desde el punto de vista de la posesión del capital, la Inglaterra antes de la guerra, por ejemplo, veremos que la cifra de sus importaciones supera en muchos millones y casi doble la de sus exportaciones; la diferencia entra de afuera por concepto de interés del capital; sin eso, sería la bancarrota segura para Inglaterra, o la Inglaterra sería un desgraciado país que trabajaría para nosotros y las colonias, y todo el mundo sabe, por el contrario, que nosotros y las colonias somos devorados por el capitalista de Inglaterra. Si el capital de Inglaterra hubiera de emplearse sólo en Inglaterra, sería la bancarrota para Inglaterra. El capital engendra su propia destrucción, porque necesita para sostener o no hacer ir a la quiebra a un solo capitalista, gran número de productores que no dejen de asegurar un rendimiento importante diario, y otro todavía más grande de consumidores, que no sean estos mismos productores y el propio capitalista, para sacar la ganancia del capital. Reducido a un pequeño término, a no realizar sus operaciones más que con sus obreros consumidores, a producir para las necesidades de éstos y las propias del capitalista en igualdad de relación, es la bancarrota del capital. Esta es una asociación que no puede subsistir trabajando para sí: obra en vacío. Reducido por consecuencia de la guerra, no a un término tan estrecho, sino únicamente al país, a la colonia: ¿ha podido subsistir la asociación del capitalista argentino con los productores-consumidores de la colonia, trabajando para satisfacer, en igualdad de relación, o aún desigualmente, las necesidades de unos y otros, de la colonia, en fin?... ¡No! ¡hubiera devorado al capital! Los trabajos se han suspendido, no obstante que en los productores-consumidores quedan la mayoría de las necesidades por satisfacer. Pero, ¿no es una verdad que capital parado se devora a sí mismo también?...

Bien. Os he hablado ya de la revolución que se presenta hacer a los proletarios y a todos los hombres de corazón, en qué consistirá ella, y cómo se hará algún día por consecuencia misma del régimen capitalista. Pero para llegar a este resultado, que no vendrá solo, porque tampoco viene solo todo el movimiento social que puede observarse en nuestros días, será preciso vencer la resistencia del Estado, porque el Estado es el soldado que defiende la ciudadela del capital, esa ciudadela donde ha sido encerrada prisionera la sociedad; donde está el proletario atado

LAS IDEAS ANARQUISTAS

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 6)

y ligado por todos los códigos y las leyes del derecho burgués. Este es un cerco que se estrecha alrededor de él continuamente. A sus expensas, conocerán los proletarios que el estado es la «mano que aprieta» del capital...

Compañeros: la cuestión social es de los proletarios; hay en esta sociedad también una cuestión de las pequeñas burguesías, pero ésta no sobrepasa de su acomodamiento en el régimen del capital, y deja sin solución el problema de los proletarios. El problema de los proletarios no puede conciliarse con el régimen del capital. Y es preciso hacer una distinción. Los que tenemos el honor, que caro nos cuesta, que nadie nos paga si no es en moneda de encarcelamientos o persecuciones, de llamarnos «anarquistas», es que proletarizamos la cuestión social; presentamos la cuestión social de los proletarios, como ella es, inconciliable con el régimen del capital y con la existencia del Estado. Al revés, los que se llaman «socialistas», y alcanzan bancas de diputados, cobran sueldos del Estado y disfrutan honores que no tiene el pueblo, títulos, homenajes, inmunidades o privilegios que siempre han sido de los señores,—lo que se alcanza siendo del pueblo es lo del pueblo mismo, y puede ser una banca en la cárcel; y lo que se alcanza siendo del gobierno es lo del gobierno mismo, y es un diploma de diputado,—presentan sólo la cuestión de las burguesías medianas o pequeñas, y respecto al asunto de los proletarios, tienen más o menos el concepto de estas mismas burguesías, del liberalismo burgués en general. A los obreros debe cuidárseles que trabajen en condiciones higiénicas; que no trabajen excesivamente, que tengan sus seguridades o garantías; cuestiones todas en que también se ha pensado para la salud o la conservación del caballo; toda una acción relacionada con esto puede emprenderse o desarrollarse. Fácil nos será ver, que, con ser esto tan humanitario, resulta inaplicable e innocuo, cuando no es cuestión ya de trabajar en un taller higiénico sino de encontrar cualquier trabajo en cualquier taller, cuando no es cuestión ya del descanso dominical sino del descanso forzoso de meses y de años enteros, cuando no es cuestión ya de vivir en una pieza bien ventilada sino de vivir en alguna parte, aunque sea al borde de los caminos, obligados a marchar, a levantar el campo cada veinte y cuatro horas; en una palabra, cuando es la cuestión, la cuestión social misma de los proletarios, que se presenta con todas sus consecuencias y todos sus efectos; cuando es la cuestión de que la hija se prostituya, la madre se abandone o el hogar se deshaga; cuando es todavía la cuestión de que el padre, la madre o una familia proletaria se suiciden, por hambre o por miseria; cuando es la cuestión de la criminalidad; cuando es la cuestión, la verdadera cuestión de la injusticia y la iniquidad social!

La pequeña burguesía, el pequeño negociante, el pequeño cultivador arrendatario, están bajo la dependencia de la gran burguesía, que posee el capital y las reservas del capital, que es dueño de los medios de producción que aquellos no pueden explotar,—¡aún explotan las pequeñas burguesías!—sino dejándose explotar a su vez por ella; gravadas por las cargas del Estado, comidas por intereses e hipotecas, su posesión no pasa de ser ilusoria, pues trabajan en realidad para el arrendador, el Estado y el banquero, sus convidados de piedra que nunca faltan a la cita, y que al fin acaban por quedarse con su posesión, después de haber devorado lo productivo de la explotación; a nuestros ojos se proletarizan ellas en gran número; sin embargo, muy lejos de proletarizar también su cuestión, pues han de proletarizarse más tarde o más luego con muy escasas y contadas excepciones, prefieren seguir su propia cuestión, como el enfermo que sigue el proceso de una enfermedad incurable, no apartándola de la existencia del Estado y el capital; no sueñan sino con leyes o con reformas que hagan posible su ideal chato y truncado, un ideal rabón diríamos así; el «socialismo» se les presenta pintiparado para colmar sus más excesivos anhelos, no de revolución sino de permanencia, de conservación; en el fondo odia y detesta a los proletarios, de los que se cree infinitamente superior, como todas las burguesías; y su única aspiración, su deseo más grande, es poseer, librada de pagar nuevo tributo a nadie, su parte en los medios de explotación, o sea capital efectivo y propio. Quien posee capital, posee en la sociedad presente el medio de explotación que le permite obligar a un cierto número de proletarios productores que trabajen o produzcan para él. Esta es una verdad tan sabida, que por sabida es perogrullesca. Ahora bien, volvemos a repetirlo para vuestra ilustración, proletarios: el capital, el medio de explotación, no es un medio de producción propiamente dicho, sino una forma de retener, en mano de los capitalistas grandes o chicos y en perjuicio de los proletarios, sometidos a la esclavitud del salario, la suma de los medios de producción acumulados por las generaciones: la humanidad entera ha trabajado, pero sólo los capitalistas han retenido; así se ha llegado a la situación actual. Ellos monopolizan, resguardado por los códigos o las leyes del Estado, cuanto ha sido creado o pertenecía de derecho a la humanidad; los proletarios no poseen nada, no pueden trabajar por sí, producir por su cuenta, aún cuando estén en la mayor necesidad y tengan para ellos la fuerza y la voluntad, porque no poseen los medios de producción. El sistema de explotaciones para producir ganancia al capital, es el que impera universalmente en esta sociedad. Antes de emprenderse una producción el capital debe saber lo que ganará con ella; y si no proporciona ganancia al capital, es inútil que los productores quieran ponerse a la tarea. No tienen ellos el poder ni la iniciativa; no pueden reivindicar, cualquiera sea su necesidad, el uso de los medios de producción, de un pedazo de tierra y de las semillas que ha recogido para el capitalista; contra toda tentativa de este género, está el Estado con el ejército para impedirlo. Es así que no se hace nada, que no puede hacerse tampoco nada. Es así que, abundando los proletarios con deseos de trabajar, ambulando en sombrías caravanas por puentes y caminos, por el linde de los campos, reducidos a denigrante mendicidad, se dejan, sin embargo, tantas tierras incultas, como si faltaran los brazos, las fábricas y los talleres permanecen cerrados; y todo ¡por qué no proporciona ganancia al capital!... La cuestión social, la verdadera, que éstos y otros sinnúmero de hechos plantean, queda siendo la de expropiar al capital; no hay otra cuestión social; ni aún cerrando los ojos podemos no verlo. Los medios de producción, comprendida la tierra, los vestidos y los alimentos que necesita el trabajador y su familia, pertenecen a la humanidad, que los ha creado o los ha puesto en condiciones de producir o de servir a todos; y no al capitalista que los retiene para su sola ganancia. Si tantos productores como vagan hoy sin pan y sin trabajo, formando abigarrados campamentos al borde de las alcantarillas, o de los puentes y estaciones; que infunden miedo como si hubiera bajado una horda de Asia, con sus caras hoscas, cetrinas, ennegrecidas por el polvo de todos los caminos, con sus pelos largos y sin peinar que caen en horribles bigotes o melenas, con su aspecto de fieras, de animales del bosque en espera de una presa, y que no son sino trabajadores sin ocupación, que hace semanas o meses se ven obligados a vivir de la mendicidad, siguiendo una peregrinación interminable en busca del ansiado trabajo; si estos hombres, decía, se decidieran y tomaran posesión de los medios de producción detentados por el capitalista, si por su parte, cosa bastante difícil aún hoy, lograran vencer la resistencia del Estado, la cuestión social estaría resuelta. No se necesitaría al socialismo; no se necesitaría ni aún al anarquismo! Todo se arreglaría de la manera más lisa, más sencilla, por los mismos productores. Producimos más que consumimos, pues ha habido que parar los trabajos por falta de salida de las mercancías para el exterior. El año ha sido malo, sí; pero bien pronto podíamos inaugurar una gruesa corriente de cambio de productos, con los otros productores del mundo, independizados también del capitalista. ¿Qué necesidad habría ya del capitalista, ni del socialismo, ni del gobierno, ni de los parlamentos ni nada? Si el operario de las minas, de allá, del otro lado, suministra el hierro y el carbón; si el de allí, de aquella vuelta o de aquella curva de un gran río que mueve innumerables motores o turbinas, suministra las máquinas, los hilados, toda suerte de cosas facturadas o elaboradas; si el de este lado, por su parte, suministra los productos del campo, de la chacra o de la estancia, y todo gratuitamente, midiendo sólo las necesidades, los productores a los productores, consultando aún el mejor producto, las mejores máquinas o procedimientos, el rendimiento más ingenioso y el más urgente o necesario en cada caso: ¿qué necesidad habrá ya del capital? ¡Ninguna! El capital no existirá ya; habrá sido substituído; el propio capitalista que ejercía anteriormente funciones técnicas en un ramo interesante o delicado de la producción, se sentirá feliz y como librado de un gran peso que a su pesar cargaba sobre sus espaldas, si es eliminado como capitalista, pero aceptado como hombre necesario e inteligente. Vagamos en plena fantasía; pero éste será el plan de la sociedad del porvenir. Decid, ¿no es más noble, mucho más hermoso y bello que el del presente, con sus tristes errores y absurdas

contradicciones? ¿A quién no le parta agradable ser productor en una sociedad así? Por menos que eso, por mucho menos, por mantener penosamente una familia, que a veces se puede sacar de la miseria y a veces no, los hombres se sacrifican en el día, se someten a un duro trabajo, venden o comprometen su conciencia, disoyen sus ambiciones intelectuales o artísticas; y aún se consideran bien pagados o dichosos cuando han logrado no ser de los más miserables!...

T. Antillí

(Concluirá)

Notas

A beneficio de "La Obra"

En el Cine Primer Coliseo

San Juan 2007, esq. Sarandí

El JUEVES 12 de JULIO, a las 8 y 45 p.m.

PROGRAMA

1.—Sinfonía por la orquesta.

2.—La cinta social «El Alma de Hierro», en 25 partes.

3.—La cinta social «El Destino Manda», en 25 partes.

4. Conferencia por R. González Pacheco. Tema: Alma Nueva; nuevos valores en los partidarios de una nueva sociedad.

5.—La cinta social de gran actualidad: La mujer y la guerra, en 25 partes.

6.—Cinta cómica, de gran hilaridad.

Platea con entrada: 0.70.

Palcos con 4 entradas: $ 4.

Por programas y entradas a la administración de «La Obra», Terrero 471, y en el salón la noche de la función.

*

C. de E. S. Amor y Libertad

Este centro ha organizado, en el salón cine Brown, Almirante Brown 1875, una función cinematográfica y conferencia, a beneficio total de la caja social, que tendrá lugar el sábado 7, a las 8.30 p. m.

Programa: Hijos del Pueblo, por la orquesta. La película social en 25 partes, titulada El Nacimiento de un Hombre. La Internacional, por la orquesta. Conferencia por el compañero Montemayor, que versará sobre el tema: El Calvario de Cristo. La película social en 25 partes, titulada El Puente. El compañero J. Fernández, recitará el monólogo: La Huelga de los Herreros. Terminación de la película social El Puente. Película cómica de gran hilaridad.

Entrada: 0.50. Menores: 0.20.

Entradas y programas en la secretaría Hernandarias 1535, y en el salón la noche de la función.

*

Biblioteca Internacional

Esta biblioteca, patrocina una matinee artística y conferencia, a beneficio total de la impresión del folleto de Pedro Gori: «Lo que nosotros queremos», para ser distribuído gratis, que se realizará el domingo 15, a las 2 y 30 p.m., en el salón teatro Giuseppe Garibaldi, Sarmiento 2419, y con el concurso desinteresado de la agrupación dramática «Carlos A. Perelli».

Programa: Hijos del Pueblo, por la orquesta. Discurso de apertura, por el camarada A. Bianchi. El drama en dos actos de Pedro Gori, titulado Sin Patria. Conferencia, por el compañero Isidoro de la Calle, tema: Consecuencias de la guerra europea. Declamación, por la señorita M. Ahoma, del poema titulado: La Esposa del Bebedor. La comedia en un acto, de Tito L. Foppa, titulada: Razón Social. El actor Carlos A. Perelli, recitará el monólogo, tituladoo: Los Espectros del Alcohol.

Entrada general: 0.50. Niños gratis.

*

C. de E. S. de Caballito Sud

Este centro ha organizado una función teatral y conferencia, a beneficio de la caja social y del Comité pro Presos y Deportados, que se realizará el domingo 15, a las 8 p. m., en el salón teatro de la Tipográfica Bonaerense; San Juan 3244, y prestando su desinteresado concurso el cuadro filodramático Albor.

Programa: Sinfonía por la orquesta. El hermoso drama en tres actos de Armando Discépolo, titulado: La Fragua. El doctor Juan E. Carulla disertará sobre observaciones prácticas de la guerra. La chistosa comedia en un acto, titulada: El Asistente. El compañero Martín Castro cantará varias canciones revolucionarias.

Platea con entrada: 0.60. Niños gratis.

Entradas: en la secretaría del centro, Don Cristóbal 88, en esta administración, y en el salón la noche de la función.

*

En 9 de Julio

En esta localidad, organizado por la sociedad Unión Obrera, llevóse a cabo el día primero un mitin para protestar contra la carestía de la vida, haciéndose extensiva la protesta por los presos de Firmat y los atropellos policiales de Zárate y de esta capital. El compañero Giordano Bruno prestó expresamente su concurso oratorio a ese acto.

*

Liga de Educación Racionalista

Matinee familiar y conferencia, con el desinteresado concurso del primer actor cómico Carlos R. de Paoli y del señor Juan B. López. Se celebrará el domingo 8, a las 2.30 p. m., en el salón teatro Giuseppe Garibaldi, Sarmiento 2419.

Programa.— El boceto dramático de Pedro Pico titulado ¡Para eso paga!... Conferencia por el compañero R. González Pacheco, tema: La Patria. Acto de concierto de violín y piano. La comedia La clase de los asnos y el monólogo Oratoria fin de siglo.

Entrada general: 0.50, menores gratis. Beneficio de la Liga y del Fondo pro Escuela. — Reparto de bombones a los niños concurrentes.

Nómina de cursos.— Lunes de 5 a 7. Confección de sombreros; de 8 a 9, Esperanto; de 9 a 10, Francés.

Martes de 8 a 9, Aritmética; de 9 a 10, Conferencias sobre historia, por el señor Adolfo Vázquez Gómez.

Miércoles de 7 a 8, Música; de 8 a 9, Corte y confección para sastre; de 8 a 10, Medicina, por el doctor Juan E. Carulla.

Jueves de 8 a 9, Esperanto, de 9 a 10, Francés.

Viernes de 8 a 9, Aritmética; de 9 a 10, Curso de química biológica, por el Dr. Laclau.

Sábados de 8 a 9, Música; de 9 a 10, Conferencias.

Domingos de 9 a 11, Corte y confección para sastres.

*

En Zárate

En el teatro «Italia» de esta localidad, se llevó a cabo el sábado 23 del pasado mes, un hermoso acto de propaganda anarquista, bajo los auspicios de la Biblioteca Alberdi. Frente a una sala repleta de concurrencia proletaria, se puso en escena, por un núcleo de compañeros aficionados de Campana, el fuerte drama de Dicenta: Juan José. La conferencia estuvo a cargo de Pacheco.

*

En Campana

Aprovechando la ida de Pacheco a Zárate, los camaradas de Campana realizaron también allí una asamblea pública, al aire libre, el domingo 24. Un público compuesto de unos 500 obreros escuchó a los oradores que fueron, a mas de Pacheco, el niñito Rogelio Amato y el camarada del Centro Emilio Zola, Aguirre. Se habló del crimen de los burgueses de Europa, de sus reflejos aquí y de la necesidad de poner en pie de guerra las conciencias proletarias. Al final se repartieron ejemplares de «La Obra».

*

En Avellaneda

El Centro de E. S. Sembrando Flores, de Villa Domínico, llevó a cabo el domingo 1, de tarde, en Avellaneda, una hermosa manifestación de protesta por los presos de Firmat. Hablaron: Juan Felix López, Pacheco, González Lemos y un camarada venido del socialismo político, que hizo allí su profesión de fe revolucionaria y de repudio al parlamentarismo. Resultó un acto alentador y potente de idealismo.

Administrativas

Se ruega no remitir en las cartas dinero, porque ya son tres las cartas que se nos han perdido conteniendo dinero. Remítase por giro postal o por estampillas de correo.

E. G., Huinca Renancó. Por paquete recibimos $ 1.

R. D., Avellaneda. Paquete y suscripciones, $ 5.

G. M., 9 de Julio. Por paquete, recibimos giro $ 1.20.

E. T., Perez. Por paquete y suscripciones, $ 7.

S. A., Deán Funes. Por paquete $ 1.

L. N., Pigüé. Paquete y suscripciones, $ 12.

B. Internacional, Ciudad. Por paquete, recibimos $ 1.60 que dejaron en ausencia nuestra.

A. O., Mechita. Por suscripciones, recibimos giro $ 4.50; 0.30 son por donación suya.

C. G., Córdoba. Por paquete, recibimos giro $ 1.50.

A. P., Sol de Mayo. Recibimos $ 2; 2.40 por donación de varios compañeros, y 0.60 por suscripción.

L. V., Salta. Por paquete, en estampillas $ 1.

J. F. P., Sarandí. Paquete y suscripciones, giro $ 3.40.

C. M., Tigre. Recibimos $ 1.60; por donación 1, y suscripción 0.60.

P. M., Rosario. Recibimos $ 2; 1.20 suscripción y 0.80 donación.

A. C., Quilmes. Por paquete y donación, recibimos $ 5.

F. F. T., Asunción, Paraguay. Recibimos giro $ 6; para «La Obra» 5 y para «Alborada» 1.

E. P., Ciudad. Por paquetes $ 2.30.

E. B., Ciudad. Recibimos por suscripción y donación, $ 1.

P. B., Chivilcoy. Por suscripción, $ 0.60.

F. U., C. Vidal. Recibimos por suscripciones, $ 2.40.

F. M. D., Smith. Suscripción y donación, $ 5.

S. B., Tandil. Por paquetes, recibimos $ 1.

Biblioteca Alberdi, Zárate. Donación $ 5, (entregados a Pacheco).

M. P., San Pedro. Recibimos giro $ 30, por suscripciones.

S. N. F., Alcorta. Recibimos $ 0.60, por suscripción de J. A. G. Al suscriptor V. C. le remitimos desde este número. No hemos recibido la carta que indica, ni el importe. Verifique en nuestra sección administrativa. La suscripción recibida fué la de Difavio.

A. C., Fuentes. Por suscripción, recibimos $ 1.

E. L., Asunción (Paraguay), Recibimos giro $ 10, argentinos; para «La Protesta» 5, y por paquetes 5.

F. H., Lomas. Por paquete, recibimos $ 2.

M. A. T., Trenque Lauquen. Por paquete, recibimos $ 5, enviados a «La Protesta».

A. C., General Roca (Córdoba). Por suscripción, recibimos $ 0 60.

T. M., Villa Ballester. Recibimos giro $ 4.20, por suscriptores de Chenaut, Triángulo, La Violeta, Arroyo de la Cruz, Rosario y Villa Ballester.

J. R., Montevideo (Uruguay). Por paquetes, recibimos $ 5, entregados a esta administración por el compañero Cabrera.

F. A., Villa Dominico. Por paquete, recibimos $ 1.

J. P., Montevideo (Uruguay) Tomamos nota de los 2 $ que tiene para nosotros el agente de «El Hombre» en ésta.

C. F., San Cristóbal. Por paquetes, recibimos giro $ 5.

C. M., Lanús. Por suscripciones, recibimos $ 3.

M. P., Mar del Plata. Tomamos nota de los 2 $ enviados para nosotros a «La Protesta».

M. P. T., Santos (Brasil). Tomamos nota de los 6 $ enviados para nosotros a «La Rebelión». Aumentamos paquete, de acuerdo con el pedido.

R. D., Piñero. Por paquete, recibimos giro $ 2. El paquete a J. F. fué remitido; se ha extraviado sin duda. Volvemos a mandar del tercero y enviamos del cuarto. ¿La dirección está bien Girbone 999?

R. A., Punta Alta. Por paquete y suscripciones, recibimos giro $ 4.80.

R. F. G., Ciudad. Por suscripciones, recibimos $ 3.20.

T. S., Azul. Por suscripciones, recibimos $ 1.80.